



Vigilia de Pentecostés 2013

La escena de la profecía de Daniel es un reflejo de la historia de Israel en el destierro en Babilonia. El texto es parte de la oración de Azarías en medio del fuego, en el horno al que había sido arrojado, junto con sus compañeros Misael y Ananías, por desobedecer la orden de adorar la estatua de oro erigida por el rey Nabucodonosor (Dan 3,1). Esta estatua conmemoraba la ruina de Jerusalén.

La oración de Azarías expresaba la realidad del pueblo de Dios en el exilio: el más pequeño de todos los pueblos, humillado a causa de sus pecados; sin príncipes ni profetas; sin templo donde ofrecer sacrificios ni ofrendas para alcanzar misericordia. Sólo pueden ofrecer a Dios como sacrificio su corazón arrepentido y su espíritu humilde; y lo ofrecen con la confianza de no quedar defraudados, pues respetan la ley su Dios de todo corazón y buscan su rostro con tal decisión, que no han dudado en perder su vida en el fuego por mantener la fidelidad a su Dios.

La respuesta de Dios a este acto de confianza la narra el mismo libro de Daniel en estos términos: *“La llama se elevaba más de veinte metros por encima del horno; se expandió y abrasó a los caldeos que halló alrededor del horno. Pero el ángel del Señor descendió al horno con Azarías y sus compañeros y sacó la llama de fuego fuera del horno; formó en el centro del horno una especie de viento como rocío que soplabá, y el fuego no les tocó en absoluto, ni les hizo daño ni les causó molestias”* (Dan 3,47-50).

Dios se introduce en el horno por medio de su ángel y con la ayuda del viento transformó el fuego abrasador en un fuego semejante al de la zarza ardiente, que arde sin consumirse (cf. Ex 3, 2) y es signo de la permanente presencia misteriosa de Dios en medio de su pueblo elegido por amor.

En las mismas circunstancias del destierro, Dios hizo llegar a su pueblo una promesa de salvación por medio del profeta Isaías, ungido por el Espíritu de Dios: *“El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia de nuestro Dios”* (Is 61, 1-2).

Con este pregón anuncia el profeta un año jubilar de liberación y de gracia, que restablecerá la justicia de Dios en el pueblo de la alianza, haciendo de nuevo de él un pueblo santo, que le honre con los labios y con el corazón, purificado por el agua y el espíritu, en el cual tiene aposento y comprensión la ley del Señor, según la formulación de los profetas Ezequiel y Jeremías (Ez 36, 24-28; cf. Jer 31, 33-34). De esta forma indican los profetas que la liberación que necesita el pueblo desterrado no es sólo una



Carlos López Hernández

vuelta a la tierra por obra de un decreto real; no es solo una restauración social y política, sino una restauración espiritual desde lo más profundo de los corazones por una nueva alianza en el espíritu.

Y la llegada del tiempo de esta nueva alianza de gracia del Señor, que trae la salvación a todos los hombres, es lo que anuncia Jesús en la sinagoga de Nazaret, declarando cumplida en él y en su misión la profecía de Isaías que acaba de proclamar. Y ello, por obra del Espíritu del Señor, que “*está sobre mí, porque él me ha ungido*”. Desde el día de Pentecostés la misión de Jesús la llevan a cabo los discípulos a los que infunde su mismo Espíritu.

En Pentecostés el Espíritu Santo se manifiesta como fuego en forma de lenguas. Su llama descendió sobre los discípulos reunidos, se encendió en ellos y les dio el nuevo ardor de Dios, que se convierte en lenguaje ardiente de anuncio del Evangelio de la salvación en Jesucristo. Se realiza así lo que había predicho el Señor Jesús: “*He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!*” (Lc 12, 49). Los Apóstoles, junto a los fieles de las distintas comunidades, han llevado esta llama divina hasta los últimos confines de la tierra; han abierto así un camino para la humanidad, un camino luminoso, y han colaborado con Dios, que con su fuego quiere renovar la faz de la tierra. ¡Qué distinto este fuego del de las guerras y las bombas! ¡Qué distinto el incendio de Cristo, que la Iglesia propaga, respecto a los que encienden los dictadores de toda época, desde Nabucodonosor hasta hoy, que dejan detrás de sí tierra y vidas quemadas! El fuego de Dios, el fuego del Espíritu Santo, es el de la zarza que arde sin quemarse (cf. Ex 3, 2). Es una llama que arde, pero no destruye; más aún, ardiendo hace emerger la mejor parte del hombre, su fondo más verdadero, su vocación a la verdad y al amor.

La llama del Espíritu Santo realiza una transformación y, por tanto, debe consumir en el hombre las escorias que lo corrompen y obstaculizan sus relaciones con Dios y con el prójimo. Por eso, este efecto del fuego divino nos asusta; tenemos miedo de que nos “queme” y preferiríamos permanecer tal como somos. Este temor es consecuencia del hecho de que muchas veces nuestra vida está proyectada según la lógica del tener, del poseer, y no del darse. Muchas personas creen en Dios y admiran la figura de Jesucristo, pero cuando se les pide que pierdan algo de sí mismas, se echan atrás, tienen miedo de las exigencias de la fe. Existe el temor de tener que renunciar a algo bello, a lo que uno está apegado; el temor de que seguir a Cristo nos prive de la libertad, de ciertas experiencias gratificantes, de una parte de nosotros mismos. Por un lado, queremos estar con Jesús, seguirlo de cerca; y, por otro, tenemos miedo de las consecuencias que eso conlleva.

Por eso, queridos hermanos, cuánto necesitamos que el Señor Jesús nos siga diciendo lo que repetía a menudo a sus amigos: “*No tengáis miedo*”. Como Simón Pedro y los demás discípulos, debemos dejar que su presencia y su gracia transformen nuestro corazón, siempre sujeto a las debilidades humanas. Debemos saber reconocer que



Carlos López Hernández

perder algo, más aún, perderse a sí mismos por el Dios verdadero, el Dios del amor y de la vida, en realidad es ganar, volverse a encontrar más plenamente. Quien se encomienda a Jesús experimenta ya en esta vida la paz y la alegría del corazón, que el mundo no puede dar, ni tampoco puede quitar una vez que Dios nos las ha dado. Por lo tanto, vale la pena dejarse tocar por el fuego del Espíritu Santo. El dolor que nos produce es necesario para nuestra transformación. En el lenguaje de Jesús el “fuego” es una representación del misterio de la cruz, sin el cual no existe cristianismo. Por eso, iluminados y confortados por estas palabras de vida, elevamos nuestra invocación: ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Enciende en nosotros el fuego de tu amor! Sabemos que esta es una oración audaz, con la cual pedimos ser tocados por la llama de Dios; pero sabemos sobre todo que esta llama, y sólo ella, tiene el poder de salvarnos. Necesitamos el fuego del Espíritu Santo, porque sólo el Amor redime. Sólo encendidos con el fuego del Espíritu seremos capaces de defender nuestra vida en este mundo sin perder la eterna que Dios nos quiere dar.